

encargado de impedir toda intriga. Todos me veían por primera vez aunque antes habían oído hablar de mí con curiosidad. En los intervalos del concierto que nos daban ellos mismos para distraernos fue preciso enseñarles mis cabellos, quitarme los zapatos para que los observasen minuciosamente y remangarme los pantalones para convencerlos de que la piel de mi cuerpo era blanca como la de la cara. En esto llegó Bombay cargado de bananas que iba á darme cuenta de un asunto relativo á las provisiones de nuestra gente. Su llegada, que fue muy oportu-



Antilope de las orillas del Uganda.

sus mujeres y vestido á la europea, con pantalones que la víspera me había pedido prestados espesamente. Es imposible decir cómo le sienta aquel traje que le inspira un orgullo ertraordinario. El pantalon es muy corto. Las mangas de la levita son igualmente cortas; de modo que los pies y las manos de aquel gigante negro salen fuera de sus vestidos como las estremidades de esos cuadrumanos que vemos bailar al son de los organillos de nuestros músicos nómadas. Por otra parte, la especie de cresta de gallo que sale de su cabeza impide la colocacion del gorro de Fez que en esta ocasion le sirve de corona.

Despues se mandó desfilir delante de nosotros una veintena de señoritas con el traje de nuestra madre Eva, que llevaban á guisa de hoja de higuera, un insuficiente delantal de mbugu. Todas eran hijas de

na, produjo algunas preguntas del rey, y pude asegurarme al ver su indignacion que había ignorado hasta entonces la difícil situacion en que nos colocaba diariamente el asunto de los víveres.

«Ya me ha sucedido, exclamó, tener que matar hasta veinte vuakungus en el mismo dia, y estoy dispuesto á volverlo á hacer si no cuidan mejor de dar de comer á mis huéspedes, porque bien sé cómo se cura la desobediencia.»

24 de marzo.—Visita al palacio en virtud de invitacion formal. Encuentro al monarca rodeado de

nobles, todas iban frotadas de grasa y relucientes como espejos, y se dirigian á ocupar su puesto en el harem, mientras que sus padres prosternados á los pies del rey manifestaban con insensatos *n'yanzig* su agradecimiento y felicidad. Aquella procesion citerea que pasaba por medio de mis hombres, que no se atrevian á levantar la cabeza para mirarla, me pareció de tan extraño efecto, que no pude contener la risa, y Mtesa, á quien contagié mi hilaridad, contestó inmediatamente con una ruidosa carcajada; pero no paró aquí la cosa, porque los pajes, cediendo á su instinto natural, comenzaron también á reírse, y las mismas mujeres, llevándose las manos á la boca para que no las viesén, se asociaron á aquella alegría. Entonces se levantó del sitio donde estaba sentada una matrona vieja, grave y tranquila, y diciendo con

tono imperioso «en fila, á la izquierda, y adelante,» puso fin á aquella grotesca escena.

He dicho grotesca; pero en aquella esclavitud sin límites y en aquel despotismo sin freno, la suerte de las mujeres suele convertirse en trágica. Ya hace algun tiempo que habito en el recinto de la morada real; por consiguiente, no me son desconocidos los usos de la córte. Puedo afirmar que desde que he

cambiado de residencia no pasa dia sin ver llevar al suplicio algunas veces una, otras dos, y hasta tres ó cuatro de aquellas desgraciadas mujeres que componen el harem de Mtesa. Aquellas pobres criaturas, con una cuerda arrollada á las manos, arrastradas por la guardia del cuerpo que las conduce al matadero y con los ojos llenos de lágrimas, dan gritos que desgarran el corazon: *¡he minanye!* (¡oh mi señor!)



La artesa de pombé.—Modo de refrescar en la córte del Uganda.

¡mkama! (¡rey mio!) *he ñayüio* (¡oh madre mia!) y á pesar de aquellos desgarradores llamamientos á la piedad pública, no se levanta una mano para arrancarlás al verdugo, aunque se oye de cuando en cuando algun espectador ensalzar en voz baja la hermosura de aquellas jóvenes víctimas sacrificadas á no sé qué supersticion ó á qué venganza.

Los matrimonios se hacen sin ceremonia alguna. Cuando un *mkungu*, cuya hija es bonita, ha cometido alguna falta, puede ceder esta hija al rey para evitar el castigo, y si algun soberano inmediato tiene una hija bastante bien dotada para que la desee el rey del Uganda, deberá entregarla en calidad de

tributo. Los *aknungus* reciben sus mujeres de mano del monarca, segun sus méritos, y estas mujeres son cautivas hechas en la guerra ó esposas de oficiales rebeldes. Sin embargo, la mujer en general no constituye una verdadera propiedad, si bien los padres cambian sus hijas, y los maridos venden como esclavas á las esposas cuya conducta no es satisfactoria, ó las entregan á la flagelacion ó á los trabajos mas serviles.

Habiendo ido el 29 de marzo á visitar á Congou, jefe militar que volvia de una expedicion del Norte á orillas del Bahr-el-Abiad, me recibí en medio de sus mujeres, que son mas numerosas que bellas. Me en-

señó sus chozas, que forman un gran grupo, sus jardines admirablemente cultivados, y volviendo á sus mujeres, á quienes desnudó una por una hasta la cintura, me preguntó qué me parecían. En vez de contestar á aquella pregunta, le indiqué que me dijera para qué le servía tener tantas.

«Para nada, me replica inmediatamente. El rey nos las da para sostener nuestro rango. Sucede algunas veces que nos da ciento de un golpe, y es imposible rehusarlas; pero somos libres de hacer de ellas esposas ó criadas.»

Apenas terminó mi visita, recibí orden de ir con todos mis vuanguanos y todos mis fusiles á reunirme con el rey, que estaba de caza. Le encontré á la cabeza de un numeroso estado mayor, con mujeres, empleados y pajes en un jardín de plátanos, donde acechaba con insistencia el paso de los pájaros, mientras que sus músicos se esforzaban por distraerle. Había añadido un turbante á su traje inglés y se quejaba de que el resplandor del sol le hacía daño en los ojos, lo cual era una manera indirecta de pedirme un sombrero de fieltro de alas anchas semejante al que yo llevaba.

De repente, como si le ocurriera en aquel momento la idea dijo: «¿Dónde se ha alojado á mi amigo el Bana? Quiero que me lleven allí en seguida.»

Apenas pronunció aquellas palabras, todos se precipitaron al través de los obstáculos en dirección á mi choza. Si alguno de los que corrían en tropel no iba bastante de prisa á causa de las mieses de que estaba cubierto el campo, recibía una puñada en los riñones suficiente para tirarle al suelo; pero lejos de impacientarse, antes bien mirando como un favor aquella real indicación hacían algunos n'yanzig sin dejar de trotar cada vez mas de prisa. Al tratarlos como perros, cualquiera hubiera dicho que Mtesa los hacía gran favor. Cuando el príncipe llegó á mi habitación, se quitó el turbante como yo me quité mi sombrero, y se sentó en mi taburete. Las mujeres recibieron orden de sentarse fuera de la choza, y despues se les permitió que fuesen á contemplar al Bana en su cueva, y yo les ofrecí dos sacos de vasos, regalo que la etiqueta hacía indispensable, y tanto mas necesario, cuanto que ninguno de mis huéspedes quería beber en mi copa.

El rey, levantándose en breve y vagando de un lado á otro segun las inspiraciones de su caprichosa curiosidad, llegó junto á un árbol donde la víspera se había matado un marabú hembra. Vivía todavía en el nido uno de los polluelos, y por falta de perdigones era preciso tirar con bala, pero el príncipe celoso de su fama me rogó que hiciese fuego al mismo tiempo que él. A la primera descarga mi tiro tocó solo en la rama en que estaba colocado el nido; á la segunda, la bala atravesó el nido sin tocar al pájaro, y

entonces tomé al rey su carabina de Whitworth en que se había fijado una varita mágica, destinada sin duda para rectificar la dirección del tiro. Esta vez rompí una de las patas del animal y le saqué casi fuera del nido. Entonces, señalando al pequeño talisman dije al rey en broma: «esta es la causa de que la bala haya ido tan bien dirigida.»

Pero lejos de reírse conmigo de aquel absurdo, tomó el asunto con seriedad y se puso á comentar con sus hombres el poder infalible del talisman. Mientras que discurría así el rey, cogí otro fusil y maté al pájaro en medio de las aclamaciones del rey, que brincaba batiendo palmas, y repetía á cada momento: ¡Bana! ¡Bana! mientras que los tambores tocaban y la concurrencia hacía el coro. Como me pidiese que matase otro *nundo* sin poder indicarme dónde le encontraríamos, le aconsejé que enviase á buscar su telescopio, que aun no había tenido ocasión de usar. Fácil es adivinar su admiración, y por fin dijo á sus vuakungus:

«Por fin he llegado á comprender el uso de este instrumento que tenía en mi palacio. En aquel árbol veo tres buitres: á la derecha hay una choza, y en el interior del portal está sentada una mujer: alrededor pacen unas cabras; las veo tan grandes y con tanta claridad como si estuviera cerca de ellas.»

Poco despues de aquel cambio de residencia presencié por primera vez la manera de obrar del rey cuando reúne su ejército. Todos los caminos reales se hallan cubiertos de guerreros vuagandas que van pintados de diferentes colores con la frente rodeada de hojas de plátano, la cintura ceñida de pieles de cabra, con escudo, blandiendo la lanza y cantando el *Tamburé*, marcha en cuyo estribillo se repite sin cesar la palabra *mkavia*, que significa monarca. Segun dice Bombay son mas numerosos que las tropas y los bandidos alistados por nuestro amigo el sultan Majid, cuando Said-Sveni trataba de atacarle en el Zanzibar; en ninguna parte había visto Bombay tan respetable ejército.

Mtesa, que se había dirigido al palacio de la reina madre, cambió por respeto á ella su traje europeo por una piel de cabrito, y dejándonos fuera entró á hacer su visita. Entre tanto el coronel Congou, vestido con su uniforme completo, llegó á la plaza con su regimiento alineado para la revista. Cuando el rey supo que se acercaban las tropas, salió con lanza y escudo, precedido de su garza real favorita; luego se mantuvo de pie, con las armas en la mano, cerca de la entrada de palacio, y en medio de su estado mayor, que formando círculo, se sentó alrededor de la ave venerada. En frente de nosotros se hallaba la estensa plaza limitada por las habitaciones de la reina y del kamraviona. El regimiento, que constaba próximamente de tres compañías de á doscientos hombres

cada una, recibió orden de marchar á la carrera, en una sola fila, desde la derecha del campo de maniobras al extremo opuesto para volverse á alinear allí.

La imaginación no puede inventar nada tan salvaje y fantástico como el espectáculo que entonces se me presentó: eran unos hombres casi desnudos, cubiertos solo con pieles de cabra ó de gato atadas á la cintura, chafarrinados segun su capricho, unos con la mitad del cuerpo de encarnado, otros de negro, otros de azul, mezclados sin orden y de modo que producían chocantes contrastes. Todos los guerreros tenían las mismas armas, que consistían en dos lanzas y un escudo que llevaban como si estuvieran en la batalla, y todos avanzaban de este modo en tres líneas separadas por una distancia de 15 á 20 pies, con la misma animación y el mismo paso ligero. Cuando todos los soldados se pusieron en movimiento, echaron á andar los capitanes de las compañías vestidos con trajes aun mas extravagantes, cerrando la marcha el gran coronel Congou, que era un verdadero Robinson Crusoe. Llevaba largas pieles de cabra de pelo blanco, un escudo de cobre que tenía la forma de un violín de seis puntas, en las cuales flotaban borlas de pelo blanco; sobre sus rodillas colgaban otras largas borlas de pelo, y por último su casco, cubierto de ricos vidrios de todos los colores y de excelente gusto, llevaba en la parte superior un manojito de plumas encarnadas, de donde salía una especie de varilla encorvada que tenía en su extremo un penacho de pelos de cabra. Despues del desfile, los guerreros cargaron por compañías adelantando y retrocediendo sucesivamente, y últimamente los oficiales de mas edad se acercaron al rey para hacerle violentas protestas de fidelidad que fueron muy aplaudidas; despues de lo cual acabó la parada, y cada uno se retiró á su casa.

XIII.

El Uganda y los caprichos de su rey (*continuación*).—Eскурsión al lago N'yanza.

21-23 de abril.—Estos dias han salido mensajeros, unos hácia Uñoro para abrirme camino, y otros para apresurar la llegada de Grant. En este tiempo he tenido una prueba de los caprichos inquietos y de los irreflexivos deseos que caracterizan á nuestro joven déspota. Había fijado el dia 24 para hacer una escursión de tres dias con objeto de ir á caza de hipopótamos al lago N'yanza. Sin embargo, el 23 al medio dia me avisaron «que ya había marchado al N'yanza, y que debía ir sin tardanza á reunirme con él.» Ya he dicho que la palabra N'yanza significa un agua cualquiera, bien de un estanque, de un río ó de un lago; y como nadie pudo decirme de qué

N'yanza se trataba ni con qué objeto había tenido lugar aquella precipitada salida, tuve que marchar al momento, sin preparativo alguno, atravesando jardines, colinas y pantanos, y siguiendo el lado occidental de la bahía de Murchison (1) hasta las tres de la tarde en que ví de lejos al rey, el cual, vestido de encarnado, y llevando delante como una jauría su rebaño de vuakungus, tiraba de cuando en cuando un tiro para indicarme que siguiera sus huellas. Además se ocupaba también en los negocios y en los placeres, porque poco antes, habiendo encontrado una mujer que iba al suplicio con las manos atadas, por un delito cualquiera, del cual no he podido tener noticia alguna, hizo el oficio de verdugo, y del primer tiro la dejó muerta. Segun parece, adelantó un dia la cacería para poner á prueba á la gente de su corte y asegurarse del mayor ó menor celo que desplegarían en caso necesario. Las personas de su séquito tuvieron que abandonarlo todo al primer aviso, alejándose sin despedirse de nadie, dejando la comida sobre la mesa y prescindiendo de todos los preparativos necesarios para que el impetuoso tiranuelo no tuviera que esperar ni un minuto. De aquí resultó que muchos dejaron de acudir, y que mis armas, mi cama, mis cuadernos de apuntaciones, mis utensilios de cocina, que tuve que dejar detrás no llegaron hasta el dia siguiente.

Ni un solo barco había llegado al embarcadero, y ya entrada la noche fue cuando amarraron á la orilla como unas cincuenta embarcaciones, en medio de los tambores y de los tiros. Cada una de ellas tenía de diez á treinta remeros pintados de encarnado con arcilla. Sus proas se levantan como el cuello de un sifón ó de un cisne: están adornadas en la parte superior con un par de cuernos de antilope nsamma, entre los cuales hay un manojito de plumas. Venían por nosotros para que atravesásemos la embocadura de una laguna muy profunda y llena de cañas, y conducirnos á lo que llamaré el «Coves del Uganda» (2). Entre este establecimiento y el palacio, hay cerca de cinco horas de viaje. Llegamos á él á la luz de las antorchas sobre las nueve de la noche, y despues de cenar, el rey se retiró con sus mujeres para disfrutar los placeres de una cómoda instalación, al paso que yo, en una choza solitaria, á donde me habían enviado, tuve que dormir en el suelo sobre un poco de yerba húmeda todavía. En cambio tenía un hermoso paisaje que mis vuanguanos comparaban á las mas risueñas vistas de sus *poani* ó costa encan-

(1) A falta de un nombre indígena para designar aquella magnífica masa de agua situada al Oeste del río Luajerri y al Este del río Muerango, le di el de Sir Rodrigo Murchison, á quien la expedición debía tantos servicios.

(2) Coves es el puertecillo donde se abrigan las falúas destinadas al servicio de la corte de Inglaterra.

tada, pero en mi concepto era mucho mejor lo que yo habia visto hasta entonces, ya durante la travesía, ya en las riberas del Zanzibar.

24 de abril. *Comes*.—El rey se ha levantado hoy muy temprano, y mientras que se reunian las barcas, me ha invitado, sin dejarme tiempo para vestirme, á un desayuno, al cual no llevaba yo buen apetito. Aquella comida que hacíamos al aire libre, se componia de buey asado servido en cestas, y de un dulce de bananas colocado en hojas de plátano. Mtesa se servia algunas veces para comer de un cuchillo de cobre y de una especie de punzon, pero ordinaria-

mente solo empleaba los diez dedos y me parecia un perro voraz. Cuando algun bocado estaba algo duro para poderlo comer con comodidad, le sacaba de la boca y se lo daba como regalo á sus pajes, los cuales, despues de hacer toda clase de n'yanzig (reverencias), se lo comian demostrando extraordinaria alegría. Los restos del festin se dividieron entre ellos, y á los cocineros solo les quedaron las cestas vacías. El pombé, que era la bebida favorita del rey, le servia de té, de café y de cerveza, y los convidados podian considerarse felices si conseguian beber algunas gotas.

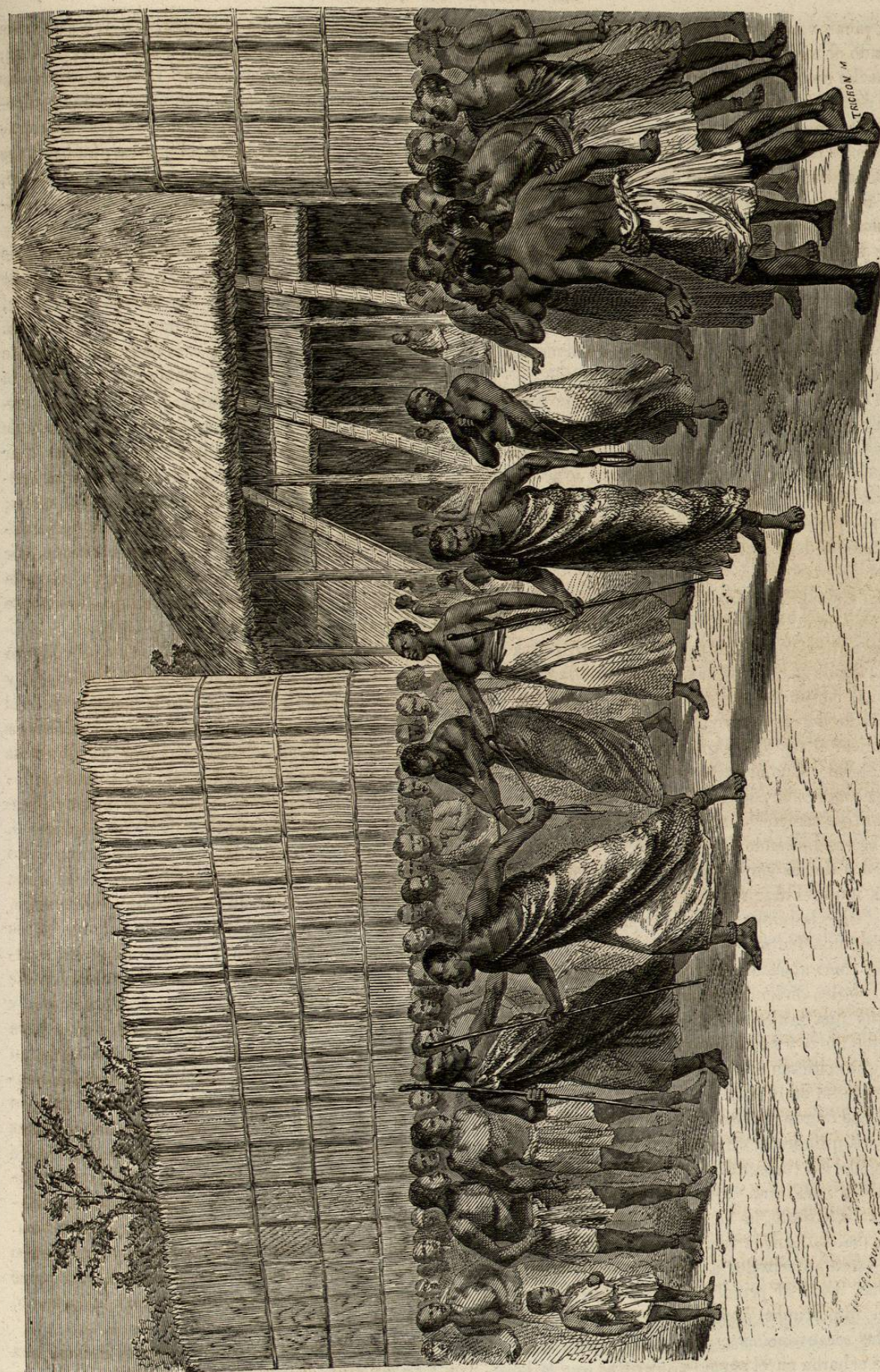


Los fieles de los capitanes Speke y Grant.—(De fotografía.)

Despues nos dirigimos hácia el lago en el orden acostumbrado; los vuakungus delante y las mujeres detrás. Aquellas magníficas aguas nos recuerdan la bahía de Río-Janeiro, con la diferencia de que las altas montañas que forman el paisaje son aquí reemplazadas por colinas de risueño aspecto. Quince tambores de diversa magnitud que constituyen una orquesta que se llama *mazaguzo* y que tocan con la regularidad de una máquina, anunciaron la llegada del rey y las embarcaciones se acercaron inmediatamente á la orilla. Pero aquí no suceden las cosas como en Inglaterra, donde Jacktar (1), con toda la importancia de un amo de casa, invita á las damas á que tomen

(1) Nombre genérico de los marineros ingleses.

asiento y contempla á su placer sus lindas coquetearías. Aquí, por el contrario, todos aquellos infelices, con el espanto pintado en el rostro, se lanzan al agua, y sumergiendo la cabeza como los patos por miedo de que les acusen de fijar en el bello sexo una mirada indiscreta, lo cual es un crimen que se castiga con la muerte, esperan con paciencia á que termine la colocacion de la comitiva. Aquellos marineros, simplemente vestidos de hojas, parecen unos grotescos Neptunos. Mtesa, con su manto encarnado al hombro y con el sombrero puesto, señalaba á cada uno su lugar, distribuyendo las mujeres en ciertas barcas, y en otras los vuakungus y los vuanguanos, y reservándose un sitio en la que él mismo ocupaba con tres mujeres, las cuales estaban sentadas detrás



Mujeres del palacio de S. M. Mtesa, llevadas al suplicio.